

EL DIOS DE LAS PEQUEÑAS COSAS

Arundhati Roy

La novela comienza “ Llovía el día en que Rahel regresó a Ayemenen. Hilos de plata inclinados se incrustaban en la blanda tierra y la levantaban como si fueran balas de fusil.” A poco esfuerzo que se haga, a todos los asistentes a esta segunda sesión del club de lectura, nos viene a la mente el texto de *El coronel no tiene quien le escriba* cuyo protagonista sin rendirse ante la evidencia afirma “todo será distinto cuando acabé de llover”. De nuevo el agua inunda nuestras tardes de libros; como seguidores de Pindaro cuando sus versos expresan: “*Lo mejor, el agua.*” No está mal.

Este libro de Arundhati Roy narra la historia de una familia en la India. Tres generaciones que se cruzan y terminan en Ayemenen: la muerte de la niña inglesa, los abuelos, los tíos, los gemelos -Estha y Rahel- y su encuentro después de veintitrés años -hecho que vertebra todo el texto-.

La narración se centra en diversas transgresiones y, por tanto, en ir más allá de las prohibiciones: en amar a quien se quiere, por encima de lo prohibido; en el amor más allá de lo posible en una sociedad cerrada, de castas, y en un espacio donde la libertad y la condición digna de la mujer y de los humildes son realidades que pueden tener un alto precio para la vida de personajes como Ammu, Velutha, Rahel o Estha.

Todo dentro del marco de una naturaleza exuberante, llena de olores, colores, sabores, y con una lluvia constante a la que nunca se deja de atender: fuerte, suave, pero siempre presente; como las reiteraciones que marcan un tono que armoniza el encuentro del lector con la obra: frases que vuelven de forma insistente, se van y regresan.

“Las pequeñas cosas a las que se agarran porque las grandes cosas siempre quedan dentro.”

“Sabían que las cosas pueden cambiar en un solo día”

“Una edad en que la muerte ya era un hecho posible.”

No es un detalle sin importancia, habría que preguntar a la escritora el motivo último de estas referencias a la lluvia –como se puede apreciar en el fragmento siguiente (la lluvia caía martilleando con fuerza)-. La presentación de Estha, de quien, de su momento presente, casi sólo sabemos que pasea por la orilla del río, y de quien sabremos finalmente –entre otras cosas- que fue víctima de un episodio de abusos sexuales.

El lector recibe a Estha como a un ser desvalido, y coincidimos todos los miembros del club de lectura en destacar la emoción que encierra el abrazo final o encuentro de los gemelos. Algunos, incluso creyeron ver, lo que no se expresa verbalmente pero claro que puede ser. Estas almas gemelas unidas más allá de todo.

“Había olvidado lo húmedo que podía llegar a ser el aire del monzón en Ayemenem. Los aparadores se hinchaban y crujían. Las ventanas cerradas se abrían de golpe. Los libros se ablandaban y ondulaban entre sus tapas. Extraños insectos aparecían como quimeras durante la noche y morían abrasados sobre las pálidas bombillas de cuarenta vatios de Bebé Kochamma. Durante el día sus crujientes cadáveres incinerados cubrían suelo y alféizares y, hasta que Kochu María los barría y amontonaba en su recogedor de plástico, en el aire flotaba un olor a algo-se-está-quemando.

La Lluvia de Junio no había cambiado.

Los cielos se abrían y la lluvia caía martilleando con fuerza; hacía renacer el viejo pozo renuente, cubría de musgo verde la pocilga vacía de puercos, bombardeaba los inmóviles charcos color de té igual que la memoria bombardea las mentes inmóviles color de té. El césped estaba verdihúmedo y dichoso. Las lombrices retozaban felices en el fango. Las verdes ortigas se mecían. Los árboles se inclinaban.

Algo más allá, en medio del viento y de la lluvia, envuelto en la repentina oscuridad tormentosa del día, Estha paseaba a orillas del río. Llevaba una ceñida camiseta color fresa, ahora más oscura por la lluvia, y sabía que Rahel había llegado”.

El lirismo de la narración es sobrecogedor, hay una apuesta clara por una prosa poética; las páginas centradas en el encuentro amoroso de Ammu y el paraván son extraordinarias y de un denso erotismo. Diferentes intervenciones se detuvieron en la belleza y la elegancia con que la autora lo narra. Aviso, merece la pena leerlo, y si son varias veces mejor.

Asimismo la mayoría de nosotros nos paramos en el capítulo que cuenta la muerte de Sophie Mol, casi al final de la novela aunque el entierro se narre en las primeras páginas. La estructura narrativa se aleja continuamente de un orden cronológico, sin renunciar, por supuesto, a marcar el peso del tiempo: *éste pesa para ser finalmente después de años lo que fuimos*. Los hermanos gemelos alcanzan una lealtad de explicación difícil. La vida ha discurrido y, sin embargo, Rahel y Estha permanecen juntos, tumbados en la oscuridad, nada ha cambiado, sólo estar en *una edad en que la muerte ya era un hecho posible*: Los dos gemelos, veintitrés años después. Así empieza el relato, con los recuerdos de una infancia arrastrada, con la fuerza del amor por encima de todo.

El resultado de nuestra sesión tras la lectura de *El dios de las pequeñas cosas*, salvo algunos lectores que bien hubieran eliminado algunas páginas o bien otros que expresaron las dificultades que habían impedido una entrega total a la novela, fue satisfactorio.

Añado una colaboración directa de una de las lectoras del club quien tiene a bien compartir lo que sintió según leía:

Unas cuantas cosas por hacer

Se me presentan más de 300 páginas por leer: “El Dios de las pequeñas cosas”, de la escritora india Arundhati Roy y una página en blanco en la que derramar toda la tinta que llora por su lectura. El tiempo para hacerlo, no consigo que sea suficiente, ni siquiera cuando Luismi nos ha regalado un pedacito más.

Unas descripciones envolventes y apasionantes me cautivan en muchos de los párrafos, a la vez que el fantasma de la tragedia me asfixia intensamente, en numerosas páginas.

Abandono la lectura de esta novela, no sé si para parar el tiempo y nublar la vista de la escritora en algunas de sus historias; no puedo cargar con la vivencia de la cara tan amarga de la vida, de esa única alma siamesa materializada en los hermanos Estha y Rahel.

Son tantas historias para contar de esta gran familia protagonista, tanta virtud para contarnos sin cansar, durante tantas páginas, una tarde de cine, por ejemplo. Consigue mostrar la belleza de un instante, lo trascendente e importante de lo más pequeño e insignificante. No pude por menos que hacer un símil con el “consumo” actual de nuestras tardes de cine. De la lectura de la historia, pude disfrutar del valor de todo el proceso: desde que salieron de casa, el trayecto en coche, el marco histórico y político que envolvía al momento, la identificación de los personajes del libro con los actores de la película, esa gran pantalla de 70 mm. de cinemascope que hacía posible la ilusión de poder ir a ver la película de Sonrisas y lágrimas.... Todo ello, sin siquiera imaginar el funesto destino que les esperaba, tan sólo por lo que tiene de casual no poder cantar en este espacio creado para el cine y verse obligado Estha a abandonarlo: su destino trazado, al caer en manos del refresquero, que manchó su dignidad, con tan sólo 10 años.

Herida sobremanera por este episodio y con la losa de la tragedia rondando las páginas de mi libro, esperaré que estos lectores de los miércoles al mes, introduzcan unas pinceladas de color y dulzura a esta historia y que por no esperar ni a mañana, retomaré ahora mismo.

Extraordinario texto que refleja la experiencia como lectora. Propuesta para la denominación del club de lectura del IES José Jiménez Lozano:

Lectores de los miércoles al mes.

Comienzo trágico del libro: “la policía de Kottayam no aceptaba declaraciones de veshyas, ni de sus hijos ilegítimos” tras el entierro de Sophie Mol, que muere a los 9 años.